

Literatura / Publicación

# Juan Gracia Armendáriz y la patografía

El escritor finaliza su 'trilogía de la enfermedad' con la novela 'Piel roja'

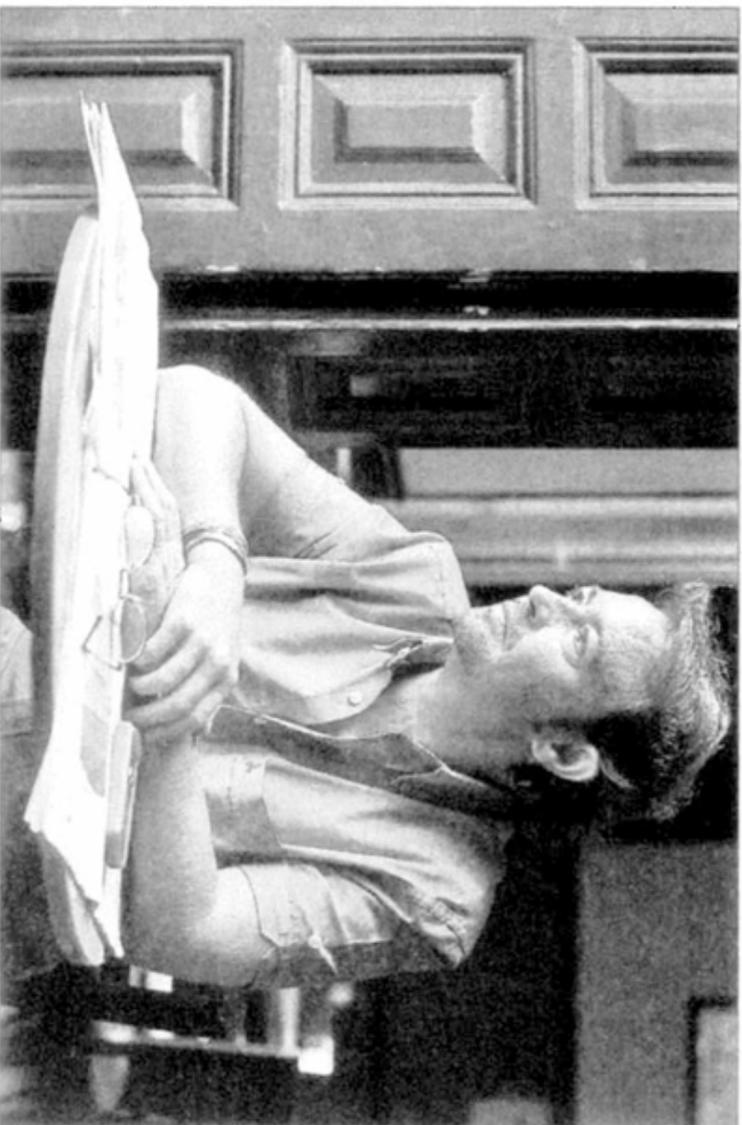
ALVARO CORTINA / Madrid

También se puede hacer literatura con el dolor físico y con la enfermedad. Un hombre puede tomar como expresión una tan malencarada, tan gregga y tan turbadoramente aséptica como *hemodíalisis* y hacerla belleza, y experiencia estética. El escritor Juan Gracia Armendáriz termina con *Piel roja* (Demipage) su trilogía de la enfermedad, constituida por *La línea Plimsoll* y *Diario del hombre pálido*. Hace 16 meses estuvo esperando un trasplante de riñón.

«Es un texto de género patográfico, sobre enfermedad, con los ingredientes de mis gustos literarios», explica a EL MUNDO el novelista, que aquí adopta el género del diario en primera persona, por donde pasan letras de Walt Whitman y teclas de Glenn Gould. Es una historia mediatibunda, triste, austera y tranquila. Para continuar con la trilogía, necesitaba otro tipo de asunto que enriqueciera la narración y que yo quería contar. Aquí aparece mi estancia en Méxi-

co, un atentado de ETA, mi relación con mi padre o mi madre, o con mi hija. Es menos fragmentario que *Diario del hombre pálido*. Y añade: «Hay una tradición patográfica que se remonta a Giovanni Boccaccio. Por un lado, está la patografía simbólica: como *La montaña mágica*, donde la enfermedad es un símbolo de la sociedad. Pero, por otro lado, está la literatura sobre la enfermedad. Philip Roth en *Elegía* o *Patrimonio*. O *Esta salvaje oscuridad* de Harold Brodkey».

Hay un continuo trasvasarse de flujos en *Piel roja*. El cuerpo enfermo, el edificio al otro lado de la ventana, la enfermera son sólidos. Alrededor, discurren los recuerdos, suben y bajan, como la sangre por los tubos de la hemodíalisis. De ese mundo líquido y eranescente, algunos elementos pueden pesar tanto como los sólidos: el riñón, que flota en alguna parte; el cadáver del padre muerto. También pesa el dolor físico, como un doble cuerpo adosado al cuerpo sano. «No quería pinchar al lector. Y



quería ser simplemente fiel a los hechos. Hay cuestiones tan potentes que no necesitan de los abalorios de la ficción. Es la lección de Primo Levi: ¿qué necesidad hay de fabular sobre ciertas cosas?».

Este diario de un hombre sin nombre que se llama Juan Gracia Armendáriz, que hace literatura serena y veraz, se vale del humor negro. Aunque podríamos hablar de un humor blanco. Del humor del terror blanco o humor de hospital. ¿No es esto un cuaderno de bitácora hacia el blanco terrorífico de la Antártida de Poe, el cachalote albino de Melville, de la truncada línea del horizonte en una sala blanca con com-  
pañeros pálidos que desaparecen en

las nievas canas adyacentes? «Lo he escrito como si todo esto estuviera ocurriendo a otro. Sin autocompasión. No he querido mostrar las llagas. Quería un tono y una distancia que me facilitara en cierta medida el desdoblamiento. Saipicándolo de humor negro. La tentación de estos relatos es el asparterio».

El elemento ambiguo (necesario para el inventario de la literatura patográfica) de los médicos y su inspiración de amor/odio en el paciente aparece: «Un hospital es un lugar de reclusión. Uno comprueba allí su vulnerabilidad y se vuelve indefenso. Las palabras de los médicos cobran ahí una fuerza tremenda, una de más o una de menos

puede resultar muy hiriente o ser un bálsamo. A veces, los médicos no son conscientes de la influencia de sus palabras. Creo que hay una regresión, un infantilismo por parte del paciente, que se queja de los médicos. Sé que en mi libro hay pataleta. Pero tampoco podía callármela. Es parte de la vida hospitalaria; como los dolores y los sonidos, están los médicos, son los que me han sanado». Concluye: «La escritura sí ha tenido un poder terapéutico. Aunque el dolor físico es incompatible con la escritura».

**Juan Gracia Armendáriz, autor del reciente relato de base autobiográfica 'Piel roja'.**  
ANTONIO HEREDIA